
OLIVIA MORENO GAMBOA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
FILOLÓGICAS, UNAM

ANICETO ORTEGA

UN MÉDICO MULTIFACÉTICO FASCINADO POR LA MÚSICA

RECONOCIDO POR SUS IDEAS ECLÉCTICAS EN LA MEDICINA, ANICETO ORTEGA DESTACÓ EN EL MÉXICO DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX POR SU FORMACIÓN ENCICLOPÉDICA. ESCRIBÍA TANTO SOBRE LOS EFECTOS TERAPÉUTICOS DE LA MÚSICA, COMO DE TRATADOS ACERCA DE TERREMOTOS Y ERUPCIONES. PERO EN LA MEMORIA MEXICANA TRASCENDIÓ COMO UNO DE LOS COMPOSITORES MÁS ORIGINALES DE SU GENERACIÓN. UN RELATO DE AQUELLOS AÑOS NOS DA CUENTA DE ESE DISCURRIR POR LOS HOSPITALES Y LOS ESCENARIOS MUSICALES.

La crónica musical que se presenta en las próximas páginas fue publicada en *El Siglo Diez y Nueve*, uno de los diarios liberales de mayor circulación nacional del México independiente, y también uno de los más longevos. El autor de la crónica, publicada el 25 de septiembre de 1871, fue el periodista francés Alfredo Bablot (1827-1892), emigrado a México a mediados del siglo, quien en poco tiempo conquistó a la élite artística e intelectual de la capital por sus amplios conocimientos musicales que, aunados a sus buenas relaciones políticas, le valdrían en 1881 el nombramiento como director del Conservatorio Nacional de Música y Declamación, por el presidente Manuel González.

Bablot se valió del seudónimo de *Proteo*

para publicar una crónica de la última representación de la compañía de ópera italiana de la célebre Ángela Peralta, que actuó en el Teatro Nacional del 6 de mayo al 13 de septiembre de ese 1871. Para la quinta y última entrega, había prometido a sus lectores ocuparse de la ópera *Guatimotzin*, estrenada justamente en la clausura de la temporada lírica, pero en lugar de la prometida crónica musical, entregó al diario una curiosa conversación que supuestamente sostuvo con el autor de *Guatimotzin*, Aniceto Ortega.

Aniceto Ortega del Villar nació en 1825 en Tulancingo en el seno de una familia culta, aficionada a la ciencia y las bellas letras. Junto a su hermano mayor Francisco (1822-1886),

recibió una educación que inculcaba una moral severa, el gusto por la literatura y la música. Con frecuencia la familia recibía en su casa la visita de intelectuales y artistas. Así, los jóvenes Aniceto y Francisco crecieron en un ambiente estimulante, privilegio de la clase acomodada en nuestro país.

Aniceto y su hermana no cursaron estudios en la Escuela de Medicina, recién fundada en 1842. Se especializó en obstetricia, y una vez concluido sus estudios en diciembre de 1849, realizó un viaje de perfeccionamiento por Europa. En un lapso de cinco a seis meses visitó España, Francia, Italia y Gran Bretaña.

A su regreso a México se incorporó a su *alma mater* como profesor de medicina y cirugía. No obstante, el desempeño de importantes cargos administrativos le obligaba a dejar la cátedra por largas temporadas. Durante el segundo imperio formó parte del Consejo Superior de Salubridad (encargado de regular la práctica médica y preservar la salud pública) y fue nombrado director del Hospital de Maternidad e Infancia, inaugurado en 1861 con el fin de atender a mujeres y niños pobres y a madres *reservadas*, es decir, jóvenes solteras que guardaban en secreto su embarazo y parto. Estuvo al frente del hospital hasta su muerte, ocurrida en 1875.

Ortega retomó la enseñanza en 1868 como catedrático de clínica de obstetricia en la Escuela de Medicina que dirigía José María Vértiz, aunque a los pocos meses solicitó licencia

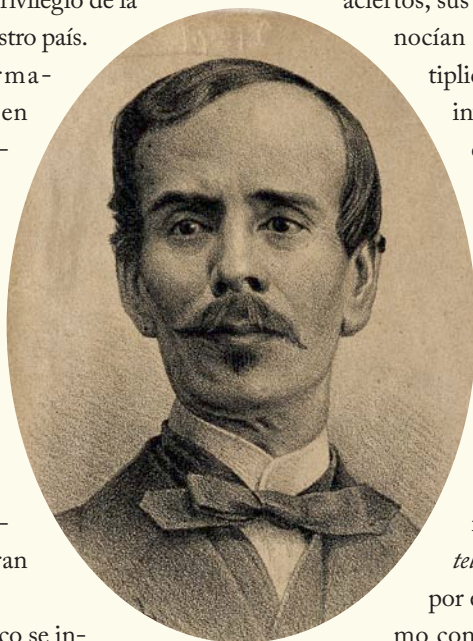
por dos años, alegando motivos familiares.

A decir de sus contemporáneos, fue un médico de pensamiento ecléctico, pues si bien era fiel a la escuela francesa, a veces se inclinaba por la inglesa y la alemana. Entre otros aciertos, sus amigos galenos le reco-

nocían haber divulgado y multiplicado los usos de la recién inventada inyección hipodérmica, y aplicado con buenos resultados maniobras *atrevidas* en la cirugía ginecológica.

Ortega gozó de una posición económica estable gracias a su cargos públicos y quizá, sobre todo, a la práctica privada de la medicina entre una *clientela escogida y numerosa*. No por ello abandonó su altruismo con los enfermos pobres, a los que atendía desinteresadamente, como narra *Proteo*.

En sus ratos libres el doctor Ortega se dedicaba al estudio de la literatura y a la composición musical. Pero tal parece que fueron las ciencias —las matemáticas, la física, la astronomía, la química y la geología— las que atraparon sus intereses intelectuales. Era miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística y del Liceo Hidalgo, entre otras destacadas asociaciones científicas y literarias de la capital. Dejó inédito un tratado sobre las teorías más novedosas de su tiempo sobre los terremotos y las erupciones volcánicas. Y siguen sin conocerse los trabajos que escribió para el Consejo de Salubridad y sus reflexiones sobre los efectos terapéuticos de la música. Al respecto, Alfredo Bablot señaló que su familiaridad



◀ Dr. Aniceto Ortega, profesor de clínica de obstetricia, ca. 1860, litografía. Wellcome Images, Creative Commons.

con la estética musical y sus *tendencias especulativas* le permitieron apreciar y aplicar los efectos terapéuticos del sonido en la mente y el cuerpo humanos.

Acorde con el espíritu de la época, que fundaba el progreso de la sociedad en el desarrollo de las ciencias y las artes, Ortega vio en la música algo más que un pasatiempo de tertulia. Tanto para él como para los políticos, artistas e intelectuales que en 1866 fundaron la Sociedad Filarmónica Mexicana y el Conservatorio, la música era un vehículo de regeneración social, además de un medio idóneo para inculcar el nacionalismo entre los mexicanos, al tiempo que el interés por la cultura artística de las naciones más civilizadas.

Fue un médico de pensamiento ecléctico. Sus amigos le reconocían haber divulgado y multiplicado los usos de la recién inventada inyección hipodérmica, y aplicado con buenos resultados maniobras en la cirugía ginecológica.

En los años posteriores al nacimiento de la Sociedad Filarmónica, Aniceto Ortega participó activamente en la vida artística y musical de la capital. En una serie de conciertos organizados por la asociación en 1867, tocó al piano, con el compositor Tomás León, el andante de la tercera sinfonía de Beethoven, cuya obra era prácticamente desconocida en México. También, en uno de esos recitales, junto a una aficionada ejecutaron a cuatro manos el vals de la ópera *Fausto* y dio a conocer su *Invocación a Beethoven*. En octubre del mismo año, en un concierto celebrado en el Gran Teatro Nacional, el público escuchó su célebre *Marcha Zaragoza*, interpretada fastuosamente

por una banda militar acompañada por diez pianos, ejecutados a cuarenta manos. Esta marcha ocupa un lugar especial en los anales de la música mexicana porque durante varias décadas fue considerada *el* himno nacional.

Ortega fue además uno de los primeros filarmónicos interesados en alentar el desarrollo de una *escuela mexicana* de ópera. Echó mano de un libreto en español para componer *un episodio musical sobre la Conquista de México, en un acto y dos cuadros*, que tituló *Guatimotzin*. El argumento, escrito por el mismo, se basó en la novela histórica de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) sobre el último *tlatoani* mexica: Cuauhtémoc. Además de recurrir a la lengua y la historia nacional, introdujo melodías autóctonas en la partitura, que se completaba con una escenografía y un vestuario confeccionados a partir de códices y crónicas antiguas. Así, *Guatimotzin* representa un esfuerzo inicial por dotar al arte musical de elementos considerados propios de la cultura mexicana. Antes de su estreno, Ortega pidió disculpas al público por la falta de orden y otros defectos de su obra, asegurando que no se trataba de un drama acabado, sino sólo de un *pequeño ensayo* para llevar a escena *a un héroe de nuestra historia tan digno de admirarse*. Pero *Guatimotzin* gustó mucho y el autor fue recompensado con un estrepitoso aplauso.

Más adelante, algunos músicos siguieron su ejemplo y compusieron óperas de corte nacionalista: *Anita* de Melesio Morales, *Atzimba* de Ricardo Castro y *El rey poeta* de Gustavo Campa. Empero, se trató de proyectos aislados y no de una corriente artística. El nacionalismo musical aparecería en México a la vuelta del siglo xx.

Aniceto Ortega, el compositor más inteligente e intuitivo de su generación a decir del musicólogo Otto Mayer-Serra, no pudo

imponerse y hacer escuela. *Aparte de que el ambiente aún no era propicio para señalar nuevos rumbos, la poca repercusión musical que tuvo [su obra] fue motivada también por el hecho de que era un médico eminentísimo y sumamente atareado, con una multiplicidad de intereses intelectuales.* Ortega no fue un músico profesional, sino un *amateur* que supeditó la creación artística a los *momentos de libertad* —como él mismo confesó a *Proteo*— que le dejaban el hospital, las clases de obstetricia y los enfermos. No le

exigía, pues, a la música otra recompensa más que ser un descanso y consuelo tras una extenuante jornada. Quizá eso debería bastarnos también a nosotros.

En el texto que presentamos a continuación firmado bajo el seudónimo de Proteo, el encuentro con Ortega se desenvuelve a un ritmo apresurado. La intención del periodista es clara: adentrar a sus lectores en la ajetreada existencia de don Aniceto, relatar cómo vivía día a día.

◀ Pedro Gualdi, *Interior del Teatro Santa Anna*, ca. 1850. Wikimedia Commons.

Teatro Nacional de México, litografía a color en *Álbum Pintoresco de la República Mexicana*, México, Imprenta de Julio Michaud y Thomas, 1850. DeGolyer Library, Southern Methodist University.

Ángela Peralta, ca. 1870. Library of Congress, Estados Unidos.



CRÓNICA MUSICAL
 DESPEDIDA DE LA COMPAÑÍA LÍRICA
 BENEFICIO DEL MAESTRO MODERATI

PROTEO

El Siglo Diez y Nueve

25 de septiembre de 1871

Como os ofrecí el domingo ocuparme hoy de *Guatimotzin*, ayer sábado, día que suelo consagrar a escribir mi crónica hebdomadaria, fui a las siete de la mañana a casa de Aniceto Ortega para suplicarle me prestara su partitura.

—¿El doctor está en casa? pregunté a una respetable doncella que tenía trazas de prolífica madre de familia.

—Sí señor. ¿La gracia de usted?

—Anuncie usted a Proteo.

—¿Doroteo?

—No, Proteo.

—¿Rodeo?

Para no renovar, a mi perjuicio, la escena del Doctor Bartolo, arranqué una hoja de mi cartera, inscribí en ella el nombre del hijo de Fénice y la entregué a la inteligente Maritornes.

Cinco minutos después me recibía Aniceto Ortega ya vestido, listo para salir, con su *agenda* en la mano, su sombrero en la cabeza y en las espaldas un prudente gabán destinado a preservarles de las caricias matutinas de la brisa helada, húmeda y traicionera con quien nos ha gratificado con prematura generosidad el equinoccio autumnal.

—Buen día, Proteo. Dispense usted que le reciba sin cumplimientos; al fin es usted de confianza; tengo que ir violentamente a ver a un enfermo de gravedad. Acompañeme, hablaremos en el camino.

—Con mucho gusto, pero antes deme usted su p[artitura] La necesito para hacer mi Crónica de... [ilegible].

—Hombre, no se tome usted ese trabajo. No merece la pena. Ya sabe que es un simple en... [ilegible].

—Ya, ya... Sé cuánto me ha de alegrar su modestia, pero estoy comprometido y resueltísimo a cumplir con mi compromiso; así, no transijo: venga la partitura.

—Se la mandaré al medio día.

—No me voy de aquí sin ella.

—No sé dónde está.

—La buscaremos.

—El enfermo me espera.

—También esperan dos o tres lectores del *Siglo*.

—Mañana...

—Sería demasiado tarde. Hoy, ahora, luego luego.

—Pero necesito dar a usted algunas explicaciones, porque hay correcciones que... [ilegible] están indicadas, y otras que no he tenido tiempo de apuntar.

—Todo me lo dirá usted en el cupé.

Revolvió Aniceto un mundo de papeles de música, encontró, no sin dificultad... [ilegible], nueve números de su partitura. Nos dividimos la carga, bajamos volando la escalera y subimos al coche empujándonos mutuamente:

—Trinidad, Chiquihuitas 26... [ilegible].

—Verdaderamente me dijo el sabio doctor y maestro, y mientras iban a todo correr las mulas, ha sido una temeridad mía el presentar al público ese episodio musical que todavía está en embrión; pero Tamberlick me manifestó deseos de cantar alguna composición mía, lo que me lisonjaba sobremanera; encargué el libreto a Cuellar, el pobre Pepe se enfermó al comenzar; tuve que improvisarme poeta por fuerza; formé el esqueleto de la pieza; escribí los primeros versos a cálamio veloz, entre visita y visita; apuné el primer coro al salir de mi clínica; la aria [sic] de Cuauhtémoc, mientras almorzaba; el dúo en mi cama a las doce o a la una de la noche, después de las dos horas que consagró precisa y diariamente, al acostarme, a mis estudios profesionales y de la misma manera que comencé la obra, la tuve que concluir, esto es, a ratos perdidos, con mil interrupciones, abrumado de cansancio, a veces enfermo o desvelado preocupado constantemente con mis enfermos, alternando un trozo de instrumentación con la redacción de las observaciones que hago cada día en la Maternidad, o con la corrección de una prueba alguna de las obras que estoy escribiendo, o con el estudio o la experiencia de un fenómeno de espectroscopia...



◀ Leandro Izaguirre, *El suplicio de Cuauhtémoc*, 1893, óleo sobre tela, Museo Nacional de Arte. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2014.

GUATIMOTZIN

El maestro Moderati me pidió *Guatimotzin* para su beneficio; apenas llegaba yo entonces a la mitad del acto; no me quedaban ya más que ocho o diez días; tuve que trabajar con festinación y de ahí nacen mil imperfecciones. Así, no pude desarrollar la acción conforme lo tenía proyectado. Yo esperaba conducirla, respetando siempre la verdad histórica, al través de los incidentes todos que marcaron la captura de Cuauhtémoc, y llegar al desenlace haciendo marchar al mártir mexicano al terrible e inicuo suplicio que le impusieron los conquistadores: por este motivo había yo presentado en la exposición a los soldados *españoles* quejándose de que no se les había dado la parte de botín que les correspondía, pues tal fue en realidad el origen de la tortura a que fue sometido el héroe azteca: estas recriminaciones que se renovaban cada día, fueron tomando un incremento tal, que Cortés se vio obligado a ceder a la presión de su compañeros, y consintió al fin, pero con repugnancia, en que se diera tormento a Cuauhtémoc, a fin de obligarle a revelar dónde había ocultado su tesoro y el de Moctezuma.

—En efecto, noté que, durante esa primera escena, los soldados escribían en la pared algunos de los motes que viene refiriendo Bernal Díaz. El hecho es histórico, así como fue exactísima la decoración que representaba el cuartel de Coyoacán en que se alojaron los españoles y se encerró al desgraciado

emperador: es igualmente cierto que Cortés, a quien se atribuye generalmente el martirio de Cuauhtémoc, se opuso a él cuanto pudo. Cuidaré en mi crónica de citar textualmente a Bernal Díaz, no tan solo para que se vea que respetó usted la verdad tradicional, sino porque no se debe desperdiciar ninguna ocasión de recordar y popularizar entre nosotros la historia del país.

Paró el coche, bajó Aniceto, y mientras visitaba a su enfermo fui escribiendo lo que lleváis leído.

Del callejón de Chiquihuiteras, nos fuimos a una de las calles de San Juan.

—Ese enfermo me inquieta, me dijo Aniceto: tiene una calentura álgida, intermitente, perniciosa que no cede...

—¿Qué le ha recetado usted?

—El sulfato de quinina que está claramente indicado por la intermitencia.

—¿Y para combatir el enfriamiento?

—Una poción amoniaca, cordial, estimulante, sinapismos, fricciones.

—Magnífico; pero volvamos a *Guatimotzin*. En ese coro de los soldados españoles de que íbamos hablando antes, estuvieron un poco inseguros los viejos coristas...

—Nada es seguro en medicina; pero lo grave, en el caso presente, es que D. Pascasio tiene 77 años...

—Hubo debilidad...

—Como que lleva ya dos meses de cama. Además...

—Moderati se esforzaba para animarlos, y el excelente Flores también los ayudaba...

—En esa edad, usted comprenderá que no ayuda la naturaleza...

—Tamberlick para hacer su traje consultó...

—Sí, mañana voy a proponer una consulta...

—Oiga usted, Aniceto, cada loco con su tema; estamos desbarrando; ya no nos entendemos: usted me habla de D. Pascasio, y yo le hablo a usted de *Guatimotzin*.

—Es verdad. Dispénseme usted; pero este enfermo ya me va dando bastante cuidado.

Quedó interrumpida otra vez nuestra dislocada conversación; habíamos llegado a la calle de San Juan.

El maestro Moderati me pidió Guatimotzin para su beneficio; apenas llegaba yo entonces a la mitad del acto; no me quedaban ya más que ocho o diez días; tuve que trabajar con festinación y de ahí nacen mil imperfecciones.

—Acabo de ver, me dijo el doctor cuando regresó, a una joven que está afectada de la enfermedad de moda.

—¿La cloro-anemia, sin duda?

—Precisamente.

—Y por supuesto, le ordenó usted el fierro más o menos reducido, oxidado, iodurado, clorurado, tartrado, lactando citrado o carbonatado; y el vino de quina que, de sobrado amargo, sería imbebible si fuera bastante saturado de los principios inmediatos de la cinchona [sic]; y el aceite de hígado de Bacalao que hoy se consume tales proporciones, que los hígados de todos los gadoideos que contienen los océanos inconmensurables, no bastarían para satisfacer el pedido que se hace en el mundo entero de esa adulterada preparación, que ya no puede considerarse como un medicamento, sino como un alimento de primera necesidad.

—¿Qué escéptico es usted!

—Y supongo que no habrá usted olvidado el agua alquitranada, los amargos, los baños fríos, el ejercicio, la alimentación sustanciosa, los beefsteak crudos y las carnes negras, el Burdeos añejo o el magnífico Rioja de Íñigo Noriega, la insolación, y sobre todo... el casorio?

—Calle, no me haga ya más preguntas indiscretas: el médico es a veces un confesor.

—Entonces mientras vamos a Corpus-Christi, hablemos de *Guatimotzin*.

—¿Qué bien cantó su aria Tamberlick! ¡Y qué bien puesto estaba!

—Ya lo creo: en concienzudo hasta la minuciosidad. Antes de mandar construir su traje, examinó la estatua de la Academia, que no le satisfizo por sus numerosas inexactitudes; consultó las obras de Solís, de Prescott, de padre Durán, de lord Kingsborough; pidió consejos a Orozco y Berra, a Chavero, a Alcaraz, a Payno, a Altamirano y a García Cubas; así es que era el mismísimo Guatemuz en persona: nada le faltaba: en su diadema era el verdadero *copilli* y no de vulgar *tepuzque*, sino de oro de buenos quilates, sus sandalias con suela y tacón del mismo precioso metal, el *caolc* [sic] de la más pura tradición; y su manto, el *ayatl* auténtico de los jeroglíficos aztecas; su túnica estaba adornada con las gotas de agua que representaban al dios Tláloc, el peinado era... [ilegible] y tal cual lo usan todavía nuestros indios, costado el pelo a media frente y cayendo en lacias y largas mechas de ébano sobre los hombros: sólo el color de la tez pareció generalmente un poco oscuro, pues dice Bernal Díaz, hablando del último emperador mexicano, que *su color tiraba más a blanco que al color y matiz de esotros [sic] indios morenos*.

—La señora Peralta, que representaba a la princesa, *muy hermosa mujer y moza* se vistió también con bastante propiedad, gracias a las indicaciones que no le escaseó Alfredo Chavero: llevaba el tocado *a la malaca*; su *huipil* azul era el mismo que usó la joven Concha Padilla en la *Sibila azteca* de Justo Sierra; y realizaba el borde inferior de la enagua una greca que el joven y sabio arqueólogo mandó copiar de un sello original que fue encontrado en Texcoco, y que tiene la dicha de poseer entre las mil preciosidades y envidiables riquezas de su pequeño museo; en una palabra, ambos artistas, en la construcción de sus trajes se sujetaron en todo a los dibujos jeroglíficos que tenemos en México, y muy especialmente a los que se encuentran en la tercera parte del Códice Mendocino publicado en Londres por lord Kingsborough.

En cuanto a Grassier, revivió a Hernán Cortés, copiando el retrato de que es hoy propietario el Casino español. ¡Qué mortificación para Léautaud!

El señor Fontan consultó también a Chavero, antes de pintar la segunda decoración que representaba al antiguo pueblo de Coyoacán: el sol de oro hacía abrir tamaños ojos a más de un codicioso

insaciable, y en cuanto al *teocali* que se veía en el fondo de la escena, era la reproducción de un templo azteca que existe todavía, que Castañeda dibujó del natural, y que publicó Dupeux en su espléndida obra de las *Antigüedades Mexicanas*. De manera que, mi querido Aniceto, debió usted quedar plenamente satisfecho de los trajes de los principales artistas y de las decoraciones de su *Guatimotzin*.

—Ciertamente, pero en la escena de la fiesta en lugar de comanches, hubiera yo deseado ver a guerreros tlaxcaltecas; los soldados españoles debían haber llevado vestidos, armas y armaduras de la época, y los portaestandartes habían olvidado en el guardarropa el pendón morado de Castilla y la bandera del águila de dos cabezas de Carlos V.

—¿Qué quiere usted? No alcanzó el tiempo para preverlo todo y para construir el vestuario y los accesorios.

EL MÉDICO EN CASA

A todas estas llegamos a Corpus-Christi; se apeó el doctor, y se volvió a los pocos minutos con la sonrisa en los labios.

—¿Por qué se ríe usted? le pregunté.

—Porque siempre me divierte, cuando no me llena la tristeza, la señora a quien acabo de visitar. Es una enferma imaginaria. Figúrese usted, que por más que me empeño en demostrarle que no tiene nada, se aferra en la opinión contraria, insiste y se enoja cuando nada le ordeno, en lo cual se parece a esos clientes que no dan por hecha la visita del médico, si este, siguiendo el método expectante y queriendo dejar obrar la naturaleza, se abstiene de recetar. Así es que, para calmarla, tengo a menudo que ceder y le administro las bebidas más inofensivas. Pero es muy desconfiada; enseña las recetas a su amigo que ha sido boticario en sus juveniles tiempos; se las hace traducir y explicar en todos sus efectos terapéuticos, y me veo en la necesidad de decirle que la preparación es muy delicada y que quiero presenciarla. Le pongo el recipiente, se lo doy a leer, me lo guardo en la bolsa, y le digo que mande a la botica por el menjurje o por las píldoras, que en general son de miga de pan con unos cuantos átomos de ruibarbo.

—Y hoy, ¿qué le ha ordenado usted?

—Nada, un refresco agradable en un latín farmacéutico que es tan incomprensible para ella como lo habría sido para Cicerón.

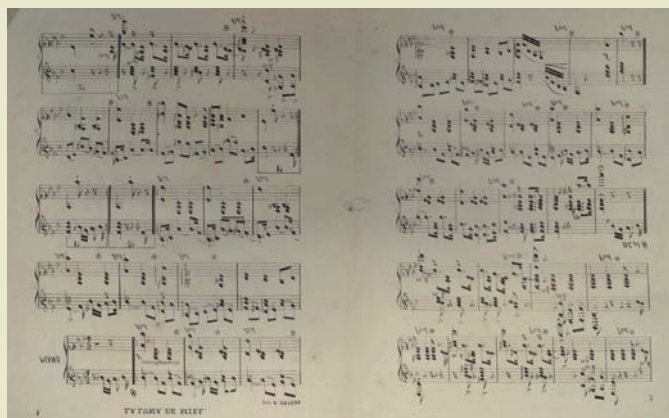
Y me enseñó el amable doctor la misteriosa receta que decía así:

—Vaya, si tiene buen apetito hoy esa buena señora, ha de digerir admirablemente con esas

cucharadas de carbonato, agua destilada de lechugas, jarabe de clavel y elixir de Garus.

—¿Qué quiere usted? Tenemos que hacer esta clase de transacciones con ciertos enfermos imaginarios que tienen una salud de hierro y a todos nos han de enterrar.

Íbamos rumbo a la Mariscal. En el camino, un mozo que por su traje aseado y comfortable tenía trazas de sirviente de alguna familia acomodada, se pudo a correr como un gramo tras el cupé, dando voces y haciendo señas a Trinidad que se detuviera. Tiramos del cordón y se acercó el hombre a la portezuela.



—¿Qué se ofrece? le preguntó Aniceto.

—Señor, ¿es usted médico?

—Sí.

—Ahí señor, tenga usted la bondad de venir luego a... [ilegible] aprisa.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos a la casa del enfermo. Subí con Aniceto. En un rico aposento, yacía en un sofá, sin movimiento, sin conocimiento, sin sensibilidad, rodeado de una familia alarmada, desesperada, un caballero de temperamento pletórico que acababa de caer fulminado por un ataque de apoplejía cerebral.

Presentaba todos los síntomas de un derramamiento de sangre brusco y espontáneo en las membranas del cerebro; era evidentemente una hemorragia intersticial, una hemato-encefalitis, como dicen los médicos en su sapientísimo tecnicismo: la respiración era difícil y estertorosa [sic]; la faz roja, inyectada, vultuosa, descompuesta; el pulso acelerado, febril; la piel cálida; la comisura labial desviada; el estado comatoso y hemipléjico.

Aniceto desató en el acto la apretada corbata del enfermo, e hizo saltar el botón del cuello de

▲
Aniceto Ortega,
La luna de Miel,
Mazurca de Salón
(interiores), ca.
1870, partitura
para piano. AGN,
Propiedad Artística
y Literaria, caja
1343, Exp. 18.

► Aniceto Ortega, *La luna de Miel, Mazurca de Salón* (portada), ca. 1870, partitura para piano. AGN, Propiedad Artística y Literaria, caja 1343, Exp. 18.



la camisa: practicó una sangría en el brazo; aplicó ventosas en el occipucio; mandó traer hielo para la cabeza; extendió cataplasmas sinapisadas en las extremidades inferiores; hizo en todo el cuerpo fricciones secas, excitantes, rubefacientes; recurrió a otros medios derivativos, y al cabo de una hora volvió en sí el paciente.

Después de hacer varias prescripciones minuciosas, se retiró Aniceto colmado de bendiciones y le seguí.

Cuando llegamos a la reja dorada de la escalera, una criada, creyendo sin duda que yo era el médico, me entregó no sé qué envuelto en papel y que recibí maquinalmente, pues aquella escena me había impresionado profundamente.

—De buena ha escapado este señor, me dijo Aniceto: si tardo diez minutos más en llegar a su lado, a estas horas ha cesado de existir.

—Buen trabajo le ha costado a usted volverle a la vida... Pero ¡tate! Creo que hay dinero en este papel que me dio la criada cuando nos despedíamos... ¿A ver?

Abrí el papel y... ¡me ruborizo al recordarlo!

—¿Qué es esto, Aniceto?

—El precio de la visita, amigo.

—Cómo, ¡dos pesos!, ¡dos pesos por tantos cuidados!, ¡dos pesos por la vida de un hombre!, ¡de un Creso! Esto sería ridículo si no fuera odioso.

—¡Qué hemos de hacer! Así se tasa la visita de un médico... ¡Si supiera usted cuantos desengaños recibimos todos los días!... Pero hablemos de otra

cosa. ¡Ah! Aquí tengo una pobre enferma a quien deseo ver. Venga usted.

Entramos a una casa de vecindad. En un cuarto miserable, vimos a una mujer postrada en cama. La examinó Aniceto con la mayor prolijidad; indicó al afligido marido que al parecer era artesano, lo que se tenía que hacer, recetó, y al salir, viendo que el pobre hombre, con los ojos arrasados en lágrimas, le tendía humildemente un peso, que representaba tal vez dos jornales de su laboriosa y honrada vida, le dijo con dulzura que ya sabía que no cobraba a los pobres, y dejó sobre un baúl de madera blanca los dos duros del opulento apopléjico.

Volvimos a la Mariscala. Poco adelantaban las explicaciones que me había prometido Aniceto; el tiempo iba volando, pero yo no me quejaba; muy al contrario.

En la Mariscala, nueva visita, nueva media hora perdida; en San Lorenzo, una operación; en Veracruz, una consulta, y así anduvimos de la ceca a la meca por todos los ámbitos de la ciudad hasta las dos de la tarde. Había pasado con exceso la hora de almorzar; bien me lo clamaba el hambre canina que comenzaba ya a atormentarme: pasábamos a la sazón por la esquina de la Profesa y dije para mi coleteo que si entrábamos a restaurarnos a la Concordia, monopolizaba yo durante un buen rato a mi doctor, y después de oír sus explicaciones me podría escurrir y comenzar mi retardada Crónica. ¡Esperanza vana!

—Gracias, me dijo Aniceto, cuando le convidé; pero como estoy todo el día en la calle visitando a mis enfermos y cumpliendo con los demás deberes de mi profesión, acostumbro almorzar siempre en casa, pues es casi el único momento que tengo la dicha de estar en familia. Pero tendré mucho gusto y aun exijo que usted me acompañe durante el almuerzo, señalaré a usted varios de los defectos que encierra *Guatemotzin* y le explicaré algunas señales incomprensibles que puse en la partitura.

Fuimos, pues, a almorzar; pero sólo yo almorcé y muy bien, por cierto; más el pobre Aniceto casi no pudo probar bocado.

Mientras estábamos en la mesa, le llamaron 20 veces: a D. Melitón no le había hecho efecto las cuatro primeras cucharadas del vomitivo, y mandaba preguntar si seguía tomando más; a doña Apolonia le acababa de dar *el mal* y le suplicaban que fuera en el acto a verla; el secretario de la Sociedad Humboldt recordaba a su estimado amigo Aniceto Ortega que sólo faltaba el artículo que le tocaba escribir este mes para completar el número de los Anales que ya se iba a poner en prensa;

la niña Zenaida tenía un ataque espasmódico con fuertes palpitaciones del corazón, sin duda porque el novio había tardado en pasar por la acera de enfrente, y no sabían qué hacer con ella; venían de la imprenta de Escalante por las pruebas de los Estudios físico-químicos; D. Medardo se torcía en uno de sus accesos de cólico flatulento; el Dr. Sohultz mandaba avisar que la junta pedida por el médico de cabecera de D. Frumencio, tendría lugar a las cuatro, y la había extraordinaria a las cinco en el Conservatorio; el practicante de guardia en la Maternidad participaba que la enferma número siete tenía una recrudescencia inquietante de eclampsia; Arturito estaba tosiendo porque le habían lavado la carita con agua fría, y su mamá ya lo estaba encomendando a todos los santos del calendario y suplicaba al doctor fuera luego a ver si no era tosferina...

Y a cada carta, a cada aviso, a cada recado que iba llegando, tenía que levantarse Aniceto para contestar, para extender una receta para... [ilegible].

REENCUENTRO NOCTURNO

—Adiós, Proteo, usted me ha de disimular, pero urge que me vaya.

—¿A qué hora nos veremos?

—A las cuatro; ah no, hoy tengo clase de obstetricia; esta noche a las diez, todo mi tiempo, como usted ve, está distribuido.

Y huyó.

Y como Trinidad estaba comiendo, no quiso molestarle y se fue a pie.

A las diez de la noche estuve puntual. Todavía no llegaba Aniceto; estaba en casa de la señora de la calle de Tacuba que todavía no salía de su cuidado.

A las once y media iba yo a retirarme, cuando llegó rendido, extenuado...

—¿Qué día tan terrible ha pasado usted, mi pobre Aniceto!

—¿Qué día? Ayer fue lo mismo, y lo mismo será mañana. Esta es mi vida normal.

—¿Y cómo puede usted con un cúmulo tal de quehaceres, consagrarse a la música, componer tantas piezas delicadas, llenas de poesía y sentimiento? ¿Cómo pudo usted escribir la partitura de *Guatimotzin*?

—Ah, es que la música es mi descanso y mi consuelo. Después de una jornada como la de hoy, me siento durante media hora a mi piano, toco alguna pieza, improviso, divago, y desaparece como por encanto la fatiga, se dilata mi corazón, se aligera mi cerebro. El episodio de *Guatimotzin* lo escribí como dije a usted esta mañana, por pequeños fragmentos, cada vez que tenía un momento de libertad, y por esto no cesaré de repetir a usted que es un bosquejo informe, trunco, inacabado, que tal vez concluiré y puliré algún día, cuando mis enfermos me lo permitan... Pero, siento infinito que usted se haya molestado tanto hoy y haya perdido tanto tiempo.

—Al lado de usted se aprovecha, por el contrario, porque siempre hay algo que aprender en la compañía de un sabio y de un artista como usted. Si todavía le quedan algunas fuerzas, ¿quiere usted que hojeemos su partitura?

La música es mi descanso y mi consuelo, me siento durante media hora a mi piano, toco alguna pieza, improviso, divago, y desaparece como por encanto la fatiga, se dilata mi corazón, se aligera mi cerebro.

PARA SABER MÁS

FULTON, CHRISTOPHER, *Cuauhtémoc regained*, Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México, 2008, en <http://goo.gl/paxplq>

SOSA, JOSÉ OCTAVIO, *Ortega, Aniceto*, Diccionario de la Ópera Mexicana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005.

SUÁREZ DE LA TORRE, LAURA (Coord.), *Los papeles para Euterpe. La música en la ciudad de México desde la historia cultural. Siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2014.